

ESPECTROS EN CARICATURAS DE MI ALMA DE CARMEN VEGA O LA ALQUIMIA DE LA ESTÉTICA

Francisco García-Moreno Barco

Quisieron los griegos en aquella época clásica crear una palabra que refiriera el estudio de los estados anímicos que van más allá de lo puramente sensitivo. Y fue así como crearon la palabra “poiesis” que vendría a significar: estudios y representación de los estados anímicos. En nuestros días, por derivación, poseemos la palabra poesía. La poesía, por lo tanto, es, desde sus orígenes, el arte de exponer los sentimientos más sublimes y recónditos del hombre. Pretende descifrar lo indescifrable y expresar lo inexpresable. Ardua tarea para quien no posee más que un puñado de palabras cotidianas. Sin embargo, son las palabras las que, con su múltiple función y su diversa intención, las únicas que pueden acercarnos a esa parte profunda y tenebrosa que todos ocultamos y en la que sólo algunos se atreven adentrarse. El poeta busca en lo más oscuro de su ser intentado desentrañar el profundo laberinto de sentimientos, pasiones, odios, frustraciones, que nos atenazan.

El gran poeta Blas de Otero, desterrado de su patria y de sí mismo vislumbró con acierto esta función vital de la palabra:

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua
si he perdido la voz en la maleza
me queda la palabra

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio
me queda la palabra.

Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

Espectros en caricaturas de mi alma, de Carmen Vega, ha seguido, a mi parecer, este sentido de búsqueda de los agujeros negros

de su ser en un intento de exteriorizar los fantasmas que la asolan. Ya desde el título nos encontramos con tres términos que denotan oscuridad, profundidad y ocultamiento: “espectros”, “caricaturas” y “alma”. Nadie ha podido hacer aún una radiografía del alma y eso hay que agradecerse a la impericia de los físicos que, de conseguirlo, nos mostrarían la ecuación exacta para crear el amor puro y el contenido numérico de las pasiones, hundiendo con ello las múltiples posibilidades y facetas del carácter humano. Carmen Vega, química de profesión y poeta de devoción intenta llegar a la zona oscura de su alma, no a través de las ciencias, sino de la inspiración. Estas huellas o espectros que descubre en su parte anímica nos las muestra no con un discurso lineal, sino mediante la tergiversación del verbo; esto es, a través de caricaturas. Hay por lo tanto un proceso doble de decodificación de la información y posterior codificación en lenguaje poético cuyo resultado es un lenguaje de gran plasticidad y concentración. Veamos un ejemplo de ello.

Mi cama es como un barco
que se mueve al vaivén
de los latidos

A veces es
una tumba
donde descansan mis restos
por instantes

En la metáfora que aquí se nos presenta el elemento real es “cama” que es comparada, por una parte, con un barco y por otra con una tumba. Evidentemente ese barco que se mueve al vaivén de los latidos es el cuerpo, o mejor aún, la vida que late. A esta vida se opone la tumba como representante de la muerte, del fin de la vida. Entre los dos sintagmas vida-muerte hay un espacio en blanco donde se cierne la poeta dubitativa entre la inconstancia de la vida y la seguridad de la muerte. No es nada nuevo. Ya nos lo dijo el bueno de Manrique en aquellas coplas que cantaban:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...

Lo que hace la poeta ahora es recoger esa tradición y verterla en odre nuevo. De esta forma la poeta se encuentra a bordo de ese barco que cruza las aguas del Leteo, separadoras de la vida y la muerte. El contenido semántico viene reforzado por la disposición espacial de los versos. La primera estrofa se dispone de forma irregular, imitando el vaivén de las olas, y con tendencia a la forma triangular como representación del casco del barco. La segunda

estrofa dibuja inequívocamente una cruz invertida, símbolo cristiano de la muerte. Son estos elementos de economía del lenguaje, valor connotativo de las palabras y carácter visual de las estrofas lo que hacen de sus poemas un mundo de alusiones que permiten al lector crear su propio significado y convertirse así en cómplice de esa creación.

El tema principal que corre a lo largo de este poemario unificándolo es, desde mi punto de vista, la ausencia que envuelve a la poeta y que, sólo en contadas ocasiones logra interrumpir gracias a efímeros encuentros. Son estos encuentros con el amado los que hacen válida su existencia. Ese amado no es solamente la figura del hombre. A veces es el árbol con el que se siente identificada en su melancolía, la madre en cuyos ojos pretende mirarse infinitamente, el ángel negro que la rescata y con quien baila, cansada de estar triste. La necesidad de ese contacto con la otra parte que complementa su ser se hace perentoria. Su existencia se justifica en la medida en que proyecta sus encuentros:

Y cada mañana

cada nuevo día
me invento mil cosas
me invento mil vías
que lleven a ti.

La energía de la poeta se consagra a conjurar los astros para forzar el encuentro:

Cuando vuelva a nacer
quiero ser luna
cambiar de tamaño
cada noche
y hacer que suba la marea
para mojar tus pies.

En muchos casos ese intento de unirse al amado se frustra no consiguiendo la unión perfecta.

La relación de estas dos partes de un todo que son el yo poético y el tú complementario es una relación necesaria. Necesaria en el sentido en que uno necesita al otro elemento para poder existir. Si la poeta busca desesperadamente la voz del amado, también sabe que es gracias a ella que él posee una existencia y que si ella lo negara dejaría de existir. Son como las dos caras de una moneda, cuya integridad se basa en la unión de ambas.

Hay en esta necesidad mutua para realizarse un eco de la poesía

mística española. Los versos de Carmen:

Y el cristal de mi alma
se quiebra en mil pedazos
desgarrando mi cuerpo
que es tu cuerpo también.

no está muy lejos, en su sentido de unificación, de aquél de San Juan de la Cruz:

Quedéme y olvidéme
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado

Existe, eso sí, en San Juan esa contemplación gozosa ante la unión mística que no existe en nuestra poeta. Su poesía está más arraigada a lo humano. No llega a trascender hasta lo divino. En este sentido es más ascética que mística. Su preocupación trascendental es alcanzar esta unión con el Amado, pero la mayor parte de las veces, se queda en el intento. Como fray Luis de León, el gran maestro de la ascética española, es el intento de alcanzar lo supremo lo que justifica su obra. Y ese "Supremo" es en ambos la armonía universal. Armonía que el poeta salmantino halla en la contemplación de la música del maestro Salinas, pero también en el equilibrio a que se someten los astros y que refleja la grandiosidad y la armonía del gran Artífice. La poeta percibe esa armonía en sí misma y en la integración de todos los seres en un Uno universal

Me integro al universo
Percibo la armonía
y encuentro un infinito
poblado de belleza microscópica.

La inmensidad de ese Universo se percibe no sólo en su entidad macrocósmica, sino también en los universos formados por cada uno de nosotros. Es así que la poeta, ante tanta enormidad, se siente "un átomo gigante"; esto es, una pequeña partícula del gran universo y, a su vez, un gigante mundo por sí mismo; capaz de poseer "un río metafísico que recorre sus caderas y refresca el infierno de su centro".

El recurso que la poeta posee para mostrar su yo interno es el de la transparencia. A través de la exposición de su alma llega a compilar los elementos que la constituyen y los ofrece, en forma de palabras, a los lectores. Ahora bien, no se trata de una exposición abierta y sencilla, sino que requiere de un lector ávido que desentrañe los símbolos que la constituyen

Hay un laberinto
de espacios indispuestos

Aún no conoces
las rutas ocultas

Puedo encender
la luz para guiarte
mostrarte el rincón especial
aquél que guarda
la gota de mi sed
aquél que contiene
el pedazo de cristal verde
que un día
te pude prometer.

Un laberinto, por tanto, de difícil salida, cuya clave se encuentra en un pedazo de cristal verde, en un pedazo de vidrio del color de la esperanza, que la poeta ofrece a quien quiera desentrañarla. Un prisma que enfoca cada sueño.

Se necesita un prisma
que traspase mi cuerpo
y me separe en dos
una para el que guarde
mis sueños
y otra para el que no
los pueda soñar.

Esto es, una clave para aquél que quiera entrar en el mundo de sueños e ilusiones de la poeta y otro para el que no logre descifrar sus signos, pero le quede, al menos, la ilusión de crearse los suyos propios.

Al final de la lectura de esta biografía interna poetizada nos queda la sensación de haber traspasado la compuerta de la sonrisa de Carmen Vega y habernos internado de su mano en el mundo de pasiones, frustraciones y esperanzas que conforman su verdadero ser y nos ha abierto, al mismo tiempo, a una profunda brecha en nosotros mismos que nos invita a autoconocernos, peregrinando por ese interminable laberinto que es el ser humano.

Si Carmen Vega utiliza su química para adentrarse en el mundo del placer estético es que, en verdad, el hombre ha dejado de “homo sapiens” para convertirse en “homo ludens”.

Francisco García-Moreno Barco
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico, Mayagüez